

Myrtia, nº 26 (2011)

Alberto Bernabé (con la colaboración de Felipe G. Hernández Muñoz), *Manual de crítica textual y edición de textos griegos* (2ª edición corregida y aumentada), Madrid, Akal, 2010 (233 p.).

En 1992 el prof. Alberto Bernabé publicó la primera versión de su *Manual de crítica textual y edición de textos griegos*, siendo muy bien acogido entre los estudiosos y estudiantes de Filología Clásica, toda vez que se echaba en falta en nuestra bibliografía en lengua española un libro de estas características. Hoy tenemos en nuestras manos esta segunda edición corregida y aumentada, en la que ha colaborado el prof. Felipe Hernández, conocido especialista en la materia que nos ocupa. La obra reproduce (pp. 5-6) la introducción de la primera edición, a que antes hacíamos mención, y una breve nota a esta segunda edición (p. 7), en la cual quedan delimitadas las posibles novedades respecto a la primera y que consisten básicamente en algunos añadidos bibliográficos, lógicos por el paso de los años, la complementación de algunas notas y la corrección de erratas y errores de la primera edición (señaladas por Á. Escobar en su minuciosa reseña en *CFC (G)* 5, 1995, pp. 359-363), así como un apéndice bibliográfico final.

No obstante, el lector podrá comprobar con agrado que el manual ha sido aumentado en algo más de lo que el autor confiesa en su nota introductoria. Veamos un par de ejemplos de lo que digo. En la p. 29 de la 1ª edición el último párrafo rezaba así:

«El problema consiste en que la forma de escribir estas glosas en los manuscritos es, a menudo, muy similar a la manera en que se consignan correcciones de errores, del propio escriba o de un segundo usuario del manuscrito, de modo que el siguiente copista puede confundir la glosa con una corrección y, o bien introducirla en el texto, como parte de él, o bien sustituir la palabra rara por la glosa.»

Reproduzco a continuación cómo queda dicho párrafo en la presente edición (p. 30) señalando en negrita los añadidos y cambios respecto a la anterior:

«El problema consiste en que la forma de escribir estas glosas en los manuscritos es, a menudo, muy similar a la manera en que **bien el propio escriba, bien un segundo usuario del manuscrito**, consignan correcciones de errores, de modo que el siguiente copista puede confundir la glosa

con una corrección y, o bien introducirla en el texto, como parte de él, o bien sustituir la palabra rara por la glosa e incluso transmitirla de manera híbrida como una mezcla (*conflatio*) de ambas.»

A mayor abundamiento, observemos lo que dice el siguiente párrafo (p. 30) a partir de la línea 6:

«Estos “saltos” pueden producirse porque dos palabras empiezan o acaban por las mismas letras (en el primer caso se habla de *homeoarcto* [*sic*], en el segundo, de *homeoteleuto*), o porque dos líneas comienzan de modo parecido (con lo que tenemos el llamado “salto de línea”), etc.»

La 2ª edición (pp. 30-31) corrige una errata, matiza y completa la expresión en los siguientes términos:

«Estos «saltos de ojo» o *parablepsias* pueden producirse porque dos palabras empiezan o acaban por las mismas letras (en el primer caso se habla de *homeoarcto*, en el segundo, de *homeoteleuto*), o porque dos líneas comienzan de modo parecido (con lo que tenemos el llamado «salto de línea».)»

Pero es que en no pocos casos no se trata de simples añadidos o matizaciones, sino que las adiciones son de cierto calado. No me resisto a poner un ejemplo entre los muchos que podría aducir. En la p. 31 de la 1ª edición leemos el párrafo segundo:

«El problema es que, cuando se hace esta operación de corrección indebida, el resultado es un texto que tiene sentido, por lo que es más difícil de detectar que el error inadvertido que, como tal, puede al menos dar lugar a un texto absurdo. Muchos manuscritos medievales y ediciones del Renacimiento presentan variantes que no son sino conjeturas de humanistas más o menos competentes, y más o menos imaginativos.»

Siguiendo el mismo procedimiento que en los ejemplos anteriores, leemos ahora cómo se publica dicho párrafo en la 2ª edición (p. 31):

«El problema es que, cuando se hace esta operación de corrección indebida, el resultado es un texto que tiene sentido, por lo que es más difícil de detectar que el error inadvertido que, como tal, puede al menos dar lugar a un texto incomprensible. Por paradójico que pueda parecer, a menudo resulta preferible que el copista sea «indocto» y que, pese a no entender lo que copia, intente reproducirlo, aunque sea de manera aproximada y rudimentaria, pues así nos resulta más factible la tarea de reconstruir su modelo que si un copista que conocía —o creía conocer— bien el griego se ha tomado la libertad de «corregirlo». Muchos manuscritos medievales y ediciones del Renacimiento presentan variantes que no son sino conjeturas de humanistas más o menos competentes, y más o menos imaginativos.»

Podría multiplicar los ejemplos, pero creo que éstos son suficiente botón de muestra como para que el lector comprenda que está ante algo más que una simple segunda edición. Ciertamente está corregida y aumentada, pero también notablemente mejorada.

Un repaso del libro arroja los capítulos fundamentales de lo que debe ser un manual de crítica textual. Hay que señalar que cada capítulo comporta una bibliografía específica, independientemente de una general al final de la obra y a la que luego me referiré. El capítulo I (pp. 9-14) consiste, como es de esperar, en la definición y los límites de la materia objeto de estudio, así como una breve exposición acerca de la articulación del manual y una bibliografía general en la que aparecen los títulos fundamentales de la disciplina en cuestión. En el capítulo II (pp. 15-44) se aborda toda la problemática referente a la transmisión de los textos, incidiendo en tres cuestiones siempre fundamentales para conocer los entresijos de la crítica textual: la tipología de las formas de transmisión, los errores y su tipología, y los accidentes materiales. No es posible dominar los conceptos de la crítica textual sin tener un conocimiento cabal de cómo y cuándo se ha producido el error. El autor aduce toda una serie de ejemplos con los que enseña algunos tipos de casuística más frecuente. Quisiera indicar, llegados a este punto, que, a diferencia de la 1ª edición, la presentación editorial de las páginas de cada capítulo dedicadas a ejemplos presentan un fondo de color gris, con lo que destacan del resto y facilitan una búsqueda rápida de las mismas. El capítulo III (pp. 45-75) trata de la *recensio* y para ello aborda cuestiones tan nucleares como las clases de materiales, la *collatio*, el método de Lachmann, el método de Quentin, la teoría estemática de Paul Maas, la postura «ecléctica», el famoso «decálogo» de Giorgio Pasquali, los problemas derivados de los arquetipos y códices *recentiores*, la elaboración de *stemmata*, etc. Es decir, todo aquello que es preceptivo y previo de cara a la elaboración de una edición crítica. Pero

los problemas no acaban en la *recensio*, por lo que el capítulo IV (pp. 77-92) aborda la *constitutio textus*, con la correspondiente evaluación de variantes, consejos de cara a la *emendatio*, detección de pasajes corruptos, correcciones y erratas, amén de un ilustrador elenco de ejemplos. Llegados al capítulo V (pp. 93-124) encontramos lo que podríamos denominar parte propiamente técnica, la parte más material, las páginas consagradas a los diferentes tipos de edición, presentación de las mismas, redacción del prefacio, presentación del texto fijado, elaboración del aparato crítico y todos aquellos complementos editoriales que se pueden añadir, es decir, aparato de *loci similes*, comentarios, índices diversos, etc. También en este capítulo hallamos unas interesantes y muy útiles páginas dedicadas a cuestiones tan prácticas como espinosas: las revisiones del texto, el envío del mismo a imprenta y revisión de pruebas, todo ello acompañado de utilísimos ejemplos. Dado que el autor es un conocido experto en la edición de fragmentos, no podía faltar un capítulo, el VI (pp. 125-152), consagrado a la explicación de cómo se elabora y publica una edición de textos fragmentarios, así como otros tipos de ediciones especiales, como pueden ser las inscripciones, los papiros y los escolios. Entre las pp. 153 y 233 hallamos el capítulo VII, lo que el autor llama Epílogo, en el cual el autor complementa el manual con una serie de apéndices absolutamente necesarios en una obra de estas características y más aún si se trata de crítica textual; me estoy refiriendo a listas de abreviaturas y signos diacríticos utilizados en crítica textual, glosario de conceptos básicos y signos de uso común en la corrección de pruebas de imprenta. Completa el libro una amplia bibliografía —una novedad respecto a la primera edición— que abarca fundamentalmente a lo publicado en los últimos treinta años, así como una sinopsis temática que facilita la consulta bibliográfica de los diferentes aspectos que constituyen la crítica textual. Una selección de láminas cierra el manual.

En definitiva, se trata de un libro que si bien no ofrece una doctrina original —que tampoco es necesaria en una obra que viene a engrosar la nómina de nuestra manualística—, sí que presenta todos aquellos aspectos que el estudioso y el estudiante precisa para tener un conocimiento ajustado y riguroso de la materia en cuestión. En este sentido, el manual de Bernabé está muy bien estructurado, es claro y con buenas dosis de pedagogía; su lectura es amena a la par que instructiva. Si a esto añadimos que esta segunda edición está aumentada y notablemente mejorada, no cabe sino felicitarse por poder tener a nuestra disposición un *instrumentum philologicum* absolutamente recomendable.

Esteban Calderón Dorda
Universidad de Murcia